

antes que todo; a éstas, es natural que mis días, prolongándose, sean, si no una oportunidad, un daño al menos. Finalmente, si yo fuera aún dueño de estas *Memorias*, o las guardaría inéditas, o retrazaría su publicación cincuenta años.

Estas *Memorias* fueron compuestas en diferentes fechas y en diversos países. De aquí los prólogos forzosos que pintan los sitios que tenía ante mis ojos, los sentimientos que me embargaban en el momento en que se anuda el hilo de mi narración. Las formas movibles de mi vida han entrado así las unas dentro de las otras; me ha sucedido que, en mis horas de prosperidad, he tenido que hablar de mis tiempos de miseria; en días de tribulación, retratar mis días de ventura. Mi juventud penetrando en mi vejez; la gravedad de mis años de experiencia entristeciendo mis mocedades; los rayos de mi sol, desde su aurora hasta su ocaso, cruzándose y confundándose, han producido en mis páginas una especie de confusión, o, si se quiere, una especie de unidad indefinible; en mi cuna hay algo de mi tumba; en ésta algo de aquélla; mis sufrimientos se convierten en placeres, mis placeres en dolores, y no sé, al acabar de leer estas *Memorias*, si son producto de una cabeza blanca o de la cabeza de un niño.

Ignoro si esta miscelánea, que no me es dado remediar, gustará o desagradará: es el fruto de las inconstancias de mi destino: las tempestades no me han dejado muchas veces más mesa para escribir que el escollo de mi naufragio.

En distintas ocasiones se me ha rogado para que publicase en vida algunos fragmentos de estas *Memorias*, pero he preferido hablar desde mi féretro: mi narración irá entonces acompañada de ese acento que tiene algo de sagrado, porque sale del sepulcro. Si he sufrido bastante en este mundo para ser en el otro una sombra feliz, un rayo escapado de los Campos Elíseos, derramará sobre mis postreros cuadros una luz protectora: la vida me sienta mal, y tal vez en la muerte encontraré consuelo.

Estas *Memorias* han sido objeto de mi predilección. San Buenaventura obtuvo del cielo el permiso de continuar las suyas después de muerto; no espero un favor igual; mas desearía resucitar en la

hora de los fantasmas, para corregir al menos sus pruebas. Además, cuando la eternidad me haya con sus dos manos tapado los oídos en la polvorosa familia de los sordos, no oiré la voz de nadie.

Si alguna parte de este trabajo me ha atraído más que tal otra, es la que se refiere a mi juventud, rincón el más ignorado de mi vida. Allí tuve que despertar a un mundo de mí sólo conocido; no he hallado, al errar en esa sociedad desvanecida, más que recuerdos y silencio. De todas las personas que conocí, ¿cuántas existen hoy día?

Los habitantes de Saint-Malo se dirigieron a mí el 25 de agosto de 1828, por conducto de su *mairé*, con motivo de ciertas mejoras que deseaban verificar en su puerto. Me apresuré a contestarles, solicitando, en cambio, de su benevolencia, una concesión de algunos pies de tierra para mi tumba sobre el Grand-Bé (islote de la rada de Saint-Malo). Mi deseo experimentó algunas dificultades a causa de la oposición de los ingenieros militares. Por último, el 27 de octubre de 1831, recibí una carta del *mairé*, el señor Hovius. Me decía en ella: «El lugar de descanso que deseáis al borde del mar, a algunos pasos de vuestra cuna, será preparado por la piedad filial de los malunos. Un pensamiento triste se mezela, no obstante, a este cuidado. ¡Ah, pueda el monumento permanecer largo tiempo vacío!...: pero el honor y la gloria sobreviven a todo lo que perece sobre la tierra.» Cito con reconocimiento estas hermosas frases; sólo hay de más en ellas la palabra *gloria*.

Reposaré, por tanto, al borde del mar, que he amado tanto. Si fallezco fuera de la Francia, deseo que mi cuerpo no sea conducido a mi patria sino transcurridos cincuenta años de mi primera exhumación. Que salven mis restos de una sacrilega autopsia; que se eviten el cuidado de buscar en mi cerebro helado y en mi corazón apagado el misterio de mi ser. Los secretos de la vida no los revela la muerte. Un cadáver corriendo en la posta me causa horror; huesos emblanquecidos y ligeros se transportan más fácilmente y serán menos fatigosos en este último viaje, que cuando los arrastraba aquí y allá cargados con mis pesares...

MEMORIAS DE ULTRATUMBA

*Sicut nubes... quasi naves...
velut umbra.*

Jon.

La Vallée-aux-Loups, cerca de Aulnay,
4 de octubre de 1811.

Haçe cuatro años que a mi regreso de la Tierra Santa compré, cerca de la aldea de Aulnay, en la vecindad de Sceaux y de Châtenay, una casita de jardinero, escondida entre colinas cubiertas de bosques. El terreno desigual y arenoso, dependiente de esta casa, consistía en un jardín salvaje, al término del cual se hallaba un arroyo y un plantío de castaños. Tan reducido espacio me pareció propio para encerrar mis largas esperanzas; *spatio brevi spem longam reseces*. Los árboles que en él planté prosperan; pero son aún tan pequeños, que les presto sombra cuando me coloco entre ellos y el sol. Un día, devolviéndome esta sombra, protegerán mis viejos años como yo protegí su juventud. Los elegí, en cuanto me fué dado, de los diferentes climas que he recorrido; ellos recuerdan mis viajes y alimentan en el fondo de mi corazón otras ilusiones.

Si alguna vez los Borbones vuelven a subir al trono, sólo les pediré, en recompensa de mi fidelidad, que me hagan bastante rico para unir a mi casita los bosques que la rodean: la ambición se ha despertado dentro de mí; quisiera acrecer mi paseo con algunas aranzadas; por caballero errante que sea, tengo los gustos sedentarios de un monje: desde que vivo en este retiro, no creo haber puesto tres veces los pies fuera de mi cercado. Si mis pinos, mis cedros, mis olmos cumplen lo que prometen, la Vallée-aux-

Loups será una verdadera cartuja. Cuando Voltaire nació en Chatenay, el 20 de febrero de 1694, ¿cuál era el aspecto del cercado donde en 1807 debía retirarse el autor de *El Genio del Cristianismo*?

Este sitio me agrada; ha reemplazado para mí a los campos paternales; lo he comprado con el producto de mis meditaciones y de mis vigilias; al gran desierto de Atala debo el pequeño desierto de Aulnay; y para crearme este refugio, no he despojado al indio de las Floridas, como el colono americano. Estoy apegado a mis árboles; les he dirigido elegías, sonetos y odas; a todos ellos he cuidado con mis propias manos, a alguno he libertado del gusano, pegado a su raíz o a sus hojas; los conozco a todos por sus nombres como a hijos míos; son mi familia y, como no tengo otra, espero morir cerca de ella.

Aquí he escrito *Los Mártires*, *Los Abencerrajes*, *El Itinerario* y *Moisés*; ¿qué haré ahora en las noches de este otoño? El día de hoy, 4 de octubre de 1811, aniversario de mis días y de mi entrada en Jerusalén, me tienta a comenzar mi historia. El hombre que sólo da hoy el imperio del mundo a la Francia para hollarla con su planta, este hombre, cuyo genio admiro y cuyo despotismo aborrezco, este hombre me rodea con su tiranía cual si fuese otra soledad; pero, aunque oprima el presente, el pasado le desafía, y quedo libre en todo aquello que ha precedido a su gloria.

La mayor parte de mis sentimientos han permanecido en el fondo de mi alma, o sólo se mostraron en mis obras como aplicados a seres imaginarios. Hoy, que

sin ir tras ellas, echo de menos mis quimeras, quiero volver a subir la pendiente de mis bellos años: estas *Memorias* serán un templo de la muerte edificado para la luz de mis recuerdos.

Desde que mi padre nació, las pruebas difíciles de su posición primera formaron en él uno de los caracteres más sombríos que hayan existido. Ahora bien, ese carácter ha influido en mis ideas, asustando mi infancia, contristando mi juventud y decidiendo la clase de mi educación.

Nací noble. En mi sentir, me ha sido provechoso el azar de mi cuna; he guardado ese amor más firme de la libertad que pertenece principalmente a la aristocracia, y cuya última hora sonó. La aristocracia tiene tres edades sucesivas: la edad de las superioridades, la de los privilegios y la de las vanidades; saliendo de la primera, degenera en la segunda, y se extingue en la última.

Se pueden informar de mi familia, en el diccionario de Moreri, en las diversas historias de Bretaña, de Argentré, de dom Lobineau, de dom Morice, en la *Historia genealógica de muchas casas ilustres de Bretaña*, del P. Du Paz, en Toussaint, Saint-Luc, le Borgne, y, por último, en la *Historia de los grandes dignatarios de la Corona*, del P. Anselmo.

Las pruebas de mi descendencia se hicieron en manos de Chérin, para admitir a mi hermana Lucila como canonesa en el capítulo de Argentiére, de donde debía pasar al de Remiremont; reproducidas de nuevo por mi presentación a Luis XVI, después por mi afiliación a la Orden de Malta, y, por última vez, cuando mi hermano fué presentado al mismo infortunado monarca.

Mi nombre se ha escrito en un principio *Brien*, después *Briant*, y *Briand* por invasión de la ortografía francesa. Guillermo el *Bretón* dijo *Castrum-Briani*. Todos los nombres franceses presentan estas variaciones de letras. ¿Cuál es la ortografía de Duguesclín?

Los *Brien*, hacia principios del siglo XI, dieron su nombre a un castillo de Bretaña, y éste llegó a ser la residencia de los barones de Chateaubriand. Las armas de Chateaubriand eran en un principio piñas con esta divisa: *Siembro oro*. Geoffroy, barón de Chateaubriand, marchó con San Luis a Tierra Santa. Hecho prisionero en la batalla de la Massoure, regresó, y su esposa, Sibila, murió de alegría y de sorpresa al volver a verlo. Para recompen-

sar sus servicios, San Luis le concedió a él y a sus herederos, en cambio de sus antiguas armas, un escudo de gules, sembrado de flores de lis de oro: *Cui et ejus heredibus, corrobora un cartulario del priorato de Bérée, Sanctus Ludovicus tum Francorum rex, propter ejus probitatem in armis, flores lilii auri, loco pomorum pini auri, contulit.*

Desde su origen se dividieron los Chateaubriand en tres ramas: la primera, llamada *barones de Chateaubriand*, tronco de las otras dos, que empezó en el año 1000 y en la persona de Thiern, hijo de Brien, nieto de Alain III, conde o jefe de Bretaña; la segunda, denominada *Señores de las Rocas Baritand* o del León de Angers; y la tercera, apareciendo bajo el título de *señores de Beaufort*.

Cuando la línea de los señores de Beaufort se extinguió en la persona de Dame Renée, un Cristóbal II, rama colateral de esta línea, recibió la tierra de La Guerrande en Morbihán. En aquella época, hacia la mitad del siglo XVII, reinaba gran confusión en el orden de la nobleza; títulos y nombres habían sido usurpados. Luis XIV ordenó se hiciera una investigación con el fin de restablecer a cada uno en su derecho. Cristóbal fué mantenido, sobre pruebas de su nobleza de antigua extracción, posesión de su título y armas, por sentencia de la Cámara establecida en Rennes para reformar la nobleza de Bretaña. He aquí el texto:

«Sentencia establecida por el rey (Luis XIV) para la reforma de la nobleza en la provincia de Bretaña, pronunciada el 16 de septiembre de 1669: Entre el procurador general del rey y monsieur Cristóbal de Chateaubriand, señor de La Guerrande, por la que se declara al dicho Cristóbal descendiente de antiguo y noble origen, le permite tomar la cualidad de caballero y le mantiene en el derecho de usar por armas flores de lis de oro sin número en campo de gules, y esto después de haber presentado sus títulos auténticos, de los cuales aparece, etc., etc. —Firmado, Malescot.»

Esta sentencia demuestra que Cristóbal de Chateaubriand de La Guerrande descendía directamente de los Chateaubriand, señores de Beaufort, quienes se unían por documentos históricos a los primeros barones de Chateaubriand. Los Chateaubriand de Villeneuve, de Plessis y de Combourg, eran los hermanos me-

nores de los de La Guerrande, como se prueba por la descendencia de Amaury, hermano de Miguel, el cual era hijo de aquel Cristóbal de La Guerrande, mantenido en su extracción por la anterior sentencia.

Después de mi presentación a Luis XVI, mi hermano pensó en aumentar mi fortuna de segundón, concediéndome algunos de esos beneficios, llamados *beneficios simples*. Sólo había un medio para esto; puesto que era militar, agregarle a la orden de Malta. Envió mis pruebas a Malta, y en seguida presentó solicitud en mi nombre al capítulo del gran priorato de Aquitania, celebrado en Poitiers, habiéndose nombrado comisarios para pronunciarse con urgencia. El señor Pontois era en aquella época archivero, vicescanciller y genealogista de la orden de Malta.

Era presidente del capítulo Luis José de los Escotais, baillo, gran prior de Aquitania, teniendo a su lado al baillo de Freslon, y a los caballeros de La Laurencie, de Murat, de Lanjamet, de La Bourdonnaye-Montluc y al de Bouëtiez. Mi solicitud fué admitida el 9, 10 y 11 de septiembre de 1789. Y dice el memorial de admisión, que merecía, *por más de un título*, la gracia que solicitaba, y que *consideraciones de gran peso* me hacían digno de la satisfacción que reclamaba.

¡Y todo esto sucedía después de la toma de la Bastilla, la víspera de las escenas del 6 de octubre de 1789 y de la traslación de la familia real a París! ¡Y en la sesión del 7 de agosto de aquel año, la asamblea nacional había abolido los títulos de la nobleza! ¿Cómo es que los examinadores de mis pruebas, hallaban también que merecía, *por más de un título*, la gracia que solicitaba, yo, que era un pobre alférez de infantería, desconocido, sin crédito, sin favor y sin fortuna?

El hijo mayor de mi hermano (añado esto en 1831 al texto escrito en 1811), el conde Luis de Chateaubriand, casó con la señorita de Orglandés, de la que ha tenido cinco hijas y un hijo, llamado Godofredo. Cristián, su hermano menor, nieto y ahijado del señor Malesherbes, a quien se parecía notablemente, sirvió con distinción en España como capitán de dragones de la guardia, en 1823. Se hizo jesuita en Roma. Los jesuitas suplen la soledad a medida que ésta desaparece de la tierra. Cristián acaba de morir en Chieri, cerca de Turín: yo, viejo y enfermo, debía precederle; pero sus virtudes lo lla-

maban al cielo antes que a mí, que aún tengo que llorar bastantes faltas.

En la división del patrimonio, Cristián había obtenido la tierra de Malesherbes, y Luis la de Combourg. Cristián, considerando la partición igual como ilegítima, quiso, al dejar el mundo, despojarse de los bienes que no le pertenecían y devolverlos a su hermano mayor.

Si hubiera heredado la infatuación de mi padre y de mi hermano, al contemplar mis pergaminos, me creería descendiente por la rama menor de los duques de Bretaña, descendiendo de Thiern, nieto de Alain III.

Los Chateaubriand mezclaron dos veces su sangre a la de los soberanos de Inglaterra, habiéndose casado Godofredo IV de Chateaubriand en segundas nupcias con Ana de Laval, nieta del conde de Anjou y de Matilde, hija de Enrique I. Margarita de Lusignan, nieta de Luis el *Grande* y viuda del rey de Inglaterra, se había casado con Godofredo V, duodécimo barón de Chateaubriand. En la raza real de España se encuentra a Brien, hermano segundo del noveno barón de Chateaubriand, unido a Juana, hija del rey Alfonso de Aragón. En cuanto a las grandes familias de Francia, es preciso creer que Eduardo de Rohán tomó por esposa a Margarita de Chateaubriand, y que un Croi dió su mano a Carlota de Chateaubriand. Tinteniac, vencedor en el combate de los *Treinta*, y Duguesclín, el condestable, también tuvieron enlaces con nosotros en las tres ramas. Tifaina Duguesclín, nieta del hermano de Bertrand, cedió a Brien de Chateaubriand, primo y heredero suyo, la propiedad de Plessis-Bertrand. En los tratados, los Chateaubriand son dados como caución de la paz a los reyes de Francia, en Clisson, al barón de Vitré. Los duques de Bretaña enviaban a nuestros antepasados copias de sus juicios. Los Chateaubriand son grandes dignatarios de la corona, e *ilustres* en la corte de Nantes, y encargados de velar por la seguridad de su provincia contra los ingleses. Brien I se halla en la batalla de Hastings: era hijo de Eudon, conde de Penthievre. Guy de Chateaubriand fué uno de los señores que acompañaron al hijo de Arturo de Bretaña en su embajada cerca del papa.

Para terminar: la nota que me he decidido a publicar, por consideración a mis dos sobrinos, que no dan, sin duda, la misma importancia que yo a esas miserias,

y que se hallará al fin de mis *Memorias*, reemplazará a lo que omito aquí. Sin embargo, hoy es moda declarar que es uno de raza plebeya, que se tiene el honor de ser hijo de un hombre pegado a los terrones. Estas declaraciones, ¿son tan altivas como filosóficas? ¿No es eso ponerse del lado del más fuerte? Los nobles, no teniendo ni privilegios, ni tierras, las tres cuartas partes muriendo de hambre, denigrándose los unos a los otros, no queriendo reconocerse, disputándose mutuamente su nacimiento, ¿pueden inspirar algún temor? Por lo demás, que se me perdone el haberme visto obligado a descender a estos pueriles relatos, con el propósito de dar cuenta de la pasión dominante de mi padre, pasión que formó el nudo del drama de mi juventud. Por mi parte, ni me glorío ni me quejo de la antigua o de la nueva sociedad. Si en la primera fui el caballero o el vizconde de Chateaubriand, en la segunda soy Francisco de Chateaubriand; prefiero mi nombre a mi título.

Mi señor padre, como un gran barón de la Edad Media, habría llamado a Dios el noble caballero de las alturas, y apellidado a Nicodemus (el Nicodemus del Evangelio) un santo caballero. Ahora, pasando por él, lleguemos de Cristóbal, señor soberano de La Guerrande, y descendiente en línea recta de los barones de Chateaubriand, hasta mí, Francisco, señor sin vasallos ni dinero de la Vallée-aux-Loups.

La descendencia de los Chateaubriand se componía de tres ramas, las dos primeras se habían extinguido; la tercera, la de los señores de Beaufort, prolongada por la de los Chateaubriand de La Guerrande, se empobreció, efecto inevitable de las leyes del país: los primogénitos nobles se llevaban las dos terceras partes de los bienes, según la costumbre de Bretaña; los menores dividían entre todos ellos una sola tercera parte de la herencia paterna. La descomposición del patrimonio de estos últimos se operaba con mayor rapidez cuando se casaban; y como la misma partición de las dos terceras partes y de la tercera existía para sus hijos, éstos llegaban pronto a partir un pichón, un conejo, una red o un perro de caza, aunque siguieran siendo altos caballeros y poderosos señores de un palomar, de una conejera y de una trailla. En las antiguas familias nobles se ve un gran número de hermanos segundones, se les sigue durante dos o tres generaciones,

después desaparecen, volviendo poco a poco al arado o absorbidos por las clases obreras.

A principios del siglo XVIII, el jefe de nombre y de las armas de mi familia era, Alejo de Chateaubriand, señor de La Guerrande, hijo de Miguel, quien tenía un hermano llamado Amaury. Miguel era hijo de aquel Cristóbal, mantenido en su extracción de los señores de Beaufort y de los barones de Chateaubriand por la sentencia ya referida. Alejo de La Guerrande era viudo; se emborrachaba diariamente, vivía en el desorden con sus sirvientas, y ponía los más bellos títulos de su casa en sus botellas de licores.

Al mismo tiempo que este jefe, existía su primo, Francisco, hijo de Amaury, segundo de Miguel Francisco, nacido el 19 de febrero de 1683: poseía los pequeños señoríos de Touches y de Villeneuve. Casado el 27 de agosto de 1713 con Petronilla Claudia Lamour, dama de Lanjegu, de la que tuvo cuatro hijos: Francisco Enrique, Renato (mi padre), Pedro, señor de Plessis, y José, señor del Parque. Murió el 28 de marzo de 1729: a mi abuela la he conocido en mi infancia; su hermosa mirada sonreía al través de la sombra de los años. Habitaba, al morir su marido, el castillo de la Villeneuve, en las cercanías de Dinán. La fortuna de mi abuelo no pasaba de cinco mil libras de renta. El primogénito se llevó las dos terceras partes, tres mil trescientas treinta y tres libras: quedaban mil seiscientas sesenta y seis libras para los tres hermanos menores, de cuya suma aun sacaba el mayor una parte.

Mi abuela se vió contrariada en sus designios por el carácter de sus hijos: el mayor, Francisco Enrique, a quien la magnífica herencia del señorío de la Villeneuve pasaba, se hizo sacerdote; pero en vez de procurar los beneficios que su nombre le pudo facilitar, y con los que habría sostenido a sus hermanos, no solicitó nada, por descuido y altivez. Se sepultó en un curato del campo, y fué sucesivamente rector de Saint-Launneuc y de Merdrignac, en la diócesis de Saint-Malo. Amaba la poesía, y he visto gran número de sus versos. El carácter alegre de esta especie de noble Rabelais, el culto que había consagrado a las musas en su presbiterio, excitaban la curiosidad. Daba cuanto tenía, y murió sin poder pagar sus deudas.

El cuarto hermano de mi padre, José, se dirigió a París, encerrándose en una

biblioteca: le enviaban todos los años las cuatrocientas diez y seis libras, su parte de herencia. Pasó desconocido, ocupado en investigaciones históricas. Durante su vida, que fué corta, escribía todos los primeros de enero a su madre, único signo de existencia que jamás dejó de dar. ¡Singular destino! He aquí a mis dos tíos, el uno erudito y el otro poeta; mi hermano mayor hacía versos agradables; una de mis hermanas, la señora de Farcy, poseía excepcionales dotes poéticas; otra de mis hermanas, la condesa Lucila, canonesa, podría ser conocida por algunas páginas admirables; yo he emborrachado harto papel. Mi hermano ha muerto en el cadalso; mis dos hermanas han abandonado una vida de sufrimientos después de haber languidecido en las prisiones; mis dos tíos no dejaron con qué pagar las cuatro tablas de su féretro; las letras han causado mis alegrías y mis penas, y no desespero, Dios mediante, de morir en el hospital.

Mi abuela, después de hacer algo por su hijo mayor y por su segundo, nada podía hacer por los otros dos: mi padre y mi tío. Esta familia, que había sembrado el oro, según su escudo, veía desde su morada las ricas abadías que fundara y donde descansaban sus antepasados. Había presidido los estados de Bretaña, había firmado en los tratados de soberanos, servido de rehenes a Clisson, y no habría tenido crédito para obtener una subtenencia para el heredero de su nombre.

Sólo quedaba un recurso a la nobleza bretona: la marina real. Quiso aprovecharse para mi padre; pero era preciso ante todo dirigirse a Brest, pagar los maestros, comprar el uniforme, armas, libros, instrumentos de matemáticas, ¿cómo sufragar todos estos gastos? El despacho pedido al ministro de Marina no llegó por falta de un protector, y la castellana de Villeneuve enfermó de pesar.

Entonces mi padre dió la primera muestra de su carácter resuelto. Tenía unos quince años: habiéndose apercibido de las inquietudes de su madre, se acercó al lecho, y le dijo: «No quiero ser por más tiempo una carga para usted.» Mi abuela rompió a llorar. (Veinte veces he oído a mi padre contar esta escena.) «René—le respondió—, ¿qué vas a hacer? Llévate tu campo.» «No puede mantenernos; déjeme usted marchar.» «Pues bien—dijo la madre—: ve adonde Dios quiere que vayas.» Abrazó al niño sollozando. La misma noche, mi padre abandonó la

quinta, llegó a Dinán, donde una de nuestras parientas le dió una carta de recomendación para un vecino de Saint-Malo. El aventurero se embarcó como voluntario en una goleta armada.

La república maluina sostenía sola sobre los mares el honor del pabellón francés. La goleta alcanzó la escuadra que de Fleury enviaba al socorro de Estanislao, sitiado en Dantzic por los rusos. Mi padre desembarcó, y se halló en el combate que mil quinientos franceses, mandados por de Brehan, conde de Plelo, libraron el 29 de mayo de 1734 a cuarenta mil moscovitas, mandados por el Munich. De Brehan, diplomático, guerrero y poeta, fué muerto, y mi padre herido dos veces. Volvió a Francia, y se embarcó de nuevo. Naufragó en la costa de España; los ladrones lo atacaron y despojaron en Galicia, tomó pasaje en Bayona a bordo de un buque, y regresó al techo materno. Su valor y su espíritu de orden lo habían dado a conocer. Pasó a las Islas. Se enriqueció en las colonias y echó los fundamentos de la nueva fortuna de su familia.

Mi abuela le confió su hijo Pedro de Plessis, a cuyo hijo, Armando de Chateaubriand, fusilaron por orden de Bonaparte, el viernes santo del año 1810. Fué uno de los últimos nobles franceses muertos por la causa de la monarquía. Mi padre se encargó de la suerte de su hermano, aunque hubiese contraído, por el hábito de sufrir, un rigor de carácter que conservó toda su vida: el *Non ignara mali* no es verdad siempre: la desgracia tiene sus durezas como sus ternuras.

El señor de Chateaubriand era alto y seco; de nariz aguileña, de labios delgados y pálidos, los ojos hundidos, pequeños y garzos, o hundidos como los de los leones o los de los antiguos bárbaros. Cuando se encolerizaba, su brillante pupila parecía querer salirse de su órbita y penetrar en aquel a quien se dirigía como una bala.

Una sola pasión lo dominaba: la de su nombre. Su estado habitual era una tristeza profunda, y un silencio que no abandonaba jamás sino cuando estallaba su cólera. Avaro, únicamente por devolver a su familia el antiguo esplendor, altanero en los Estados de Bretaña con los nobles, duro con sus vasallos en Combours, taciturno, despótico y amenazador en el hogar, la primera impresión que producía era de temor. Si hubiese alcanzado la época de la revolución y hubiese sido más joven, seguramente hubiera representado

en ella un papel importante, o se hubiera hecho degollar en su castillo. No carecía de cierto genio, y, colocado al frente de la administración o de un ejército, hubiera sido un hombre extraordinario.

A su regreso de América, contrajo matrimonio. Nació el 23 de septiembre de 1718, y casó el 3 de julio de 1753, a los treinta y cinco años, con Paulina Juana Susana de Bedée, que nació el 7 de abril de 1726, y era hija de Angel Anibal, conde de Bedée, señor de la Bouetardais. Se establecieron en Saint-Malo, y desde allí veían perfectamente el horizonte bajo el cual habían venido ambos al mundo. Mi abuela materna, María Ana de Ravenel de Boisteilleul, señora de Bedée, nació en Rennes el 16 de octubre de 1698, se educó en Saint-Cyr, en los últimos años de la señora Maintenón.

Mi madre, dotada de un gran talento y de una imaginación prodigiosa, se formó con la lectura de Fenelón, de Racine, de la señora de Sévigné, y con las anécdotas de la corte de Luis XIV; sabía de memoria todo el *Cyro*. A pesar de sus grandes rasgos, era morena, de pequeña estatura y fea; la elegancia de sus modales y la viveza de su genio contrastaban con la rigidez y la calma de mi padre. Era tan aficionada al bullicio del mundo, como lo era mi padre a la soledad, y tan vivaracha e impetuosa, como frío e inmóvil era éste. Los gustos de ambos eran diametralmente opuestos. Esta contrariedad de genios convirtió su alegría y atolondramiento en una profunda melancolía. Precisada a guardar silencio cuando deseaba hablar, se desquitaba de esta privación entregándose a una especie de tristeza estrepitosa, que la hacía exhalar hondos suspiros, los únicos que interrumpían las meditaciones de su marido. Respecto a sentimientos de piedad, mi madre era un ángel.

La Vallée-aux-Loups, 31 diciembre de 1811.

NACIMIENTO DE MIS HERMANOS Y HERMANAS.
—MI VENIDA AL MUNDO.—PLANCOËT. —
VOTO.—COMBOURG.—PLAN DE MI PADRE
PARA MI EDUCACIÓN.—LA VILLENEUVE.—
LUCILA. — LAS SEÑORITAS COUPPART. —
PRINCIPIOS DE MAL ESTUDIANTE.

Mi madre dió a luz en Saint-Malo el primer hijo, que murió en la cuna, y el cual se llamó Godofredo, como casi todos los primogénitos de nuestra estirpe. Otro

varón y dos hijas siguieron a éste, y sólo vivieron algunos meses.

Los cuatro murieron de un derrame de sangre en el cerebro. Mi madre echó después al mundo un tercer varón, al que pusieron por nombre Juan Bautista: éste fué el que llegó a ser más tarde yerno del señor de Malesherbes. Luego nacieron cuatro hijas: María Ana, Benigna, Julia y Lucila, de rara belleza, y de las cuales sólo las dos mayores sobrevivieron a las borrascas de la revolución. La belleza, grave frivolidad, perdura cuando todas las demás han desaparecido. Yo he sido el último de estos diez hijos. Es probable que mis hermanas debieran su existencia al deseo que tenía mi padre de ver asegurado su nombre con el advenimiento de un segundo varón: yo me resistía a secundar estos propósitos; tenía aversión a la vida.

He aquí mi fe de bautismo:

«Extracto de los registros del estado civil de la jurisdicción de Saint-Malo en el año de 1768.

»Francisco Renato de Chateaubriand, hijo de Renato de Chateaubriand y de Paulina Juana Susana de Bedée, su esposa; nacido el 4 de septiembre de 1768, y bautizado al siguiente día por nos, Pedro Enrique Nouail, gran vicario del obispado de Saint-Malo. Fué padrino Juan Bautista de Chateaubriand, su hermano, y madrina Francisca Gertrudis de Contades, que firman en unión con el padre. Así consta en el registro.—Contades de Plouër; Juan Bautista de Chateaubriand; Brignon de Chateaubriand, de Chateaubriand, y Nouail, vicario general.»

Este documento demuestra que he padecido una equivocación al consignar en mis obras que había nacido el 14 de octubre en lugar del 4 de septiembre: mis nombres son Francisco Renato y no Francisco Augusto (1).

La casa habitada por mis padres en aquella época estaba situada en una angosta y sombría calle de Saint-Malo, llamada calle de los Judíos: actualmente es una posada. La habitación donde nació domina una parte desierta de los muros de la ciudad, y desde sus ventanas se percibe el mar, que se estrella contra los escollos. Según consta, fué mi padrino mi

(1) Veinte días antes, el 15 de agosto de 1768, nació en otra isla situada al extremo opuesto de Francia el hombre que destruyó la antigua sociedad: Bonaparte.

hermano, y mi madrina la condesa de Plouër, hija del mariscal Contades. Cuando vine al mundo daba muy pocas esperanzas de vida. Los bramidos de las olas, encrespadas por una borrasca que anunciaba el equinoccio del otoño, impedían oír mis gritos: muchas veces me han referido estos detalles, cuya tristeza no se ha borrado jamás de mi memoria. No ha pasado un solo día sin que, meditando en lo que he sido, haya dejado de recordar la roca sobre la cual nací, la habitación en que me impuso mi madre la pesadumbre de la vida, la tempestad cuyo rugido arrulló mi primer sueño, y el infortunado hermano a quien debo un nombre que he arrastrado casi siempre en la desgracia. No parece sino que el cielo reunió todas estas circunstancias para colocar en mi cuna la imagen de mis destinos.

Apenas hube salido del seno materno, ya sufrí mi primer destierro; enviáronme a Plancoët, aldea que se halla situada entre Dinán, Saint-Malo y Lamballe. El conde de Bedée, único hermano de mi madre, había construido junto a esta aldea el castillo de *Monchoix*. Las tierras de mi abuela materna se extendían hasta el lugar de Courseul; los *curiosolitos* de los *Comentarios de César*. Mi abuela, viuda hacía mucho tiempo, vivía con su hermana, la señorita de Boisteilleul, en una granja que había tomado el nombre de *La Abadía* de un convento de benedictinos, consagrado a Nuestra Señora de Nazareth, y que estaba separada de Plancoët por un puente.

El pecho de mi nodriza se agotó al poco tiempo, y me confiaron a los cuidados de otra pobre cristiana, la cual me ofreció a la patrona de la Granja, Nuestra Señora de Nazareth, haciendo voto de ponerme hasta la edad de siete años el hábito benedictino. Aun no tenía más que algunas horas de vida, y ya se veía impresa en mi frente la pesadumbre del tiempo. ¿Por qué no me dejaron morir? ¿Acaso entraba en las miras de Dios el conceder al voto de la obscuridad y de la inocencia la conservación de los días que amenazaba extinguir una vana reputación?

Los votos de las aldeanas bretonas ya no se practican; y, sin embargo, hay un no sé qué de tierno y de sublime en la intervención de una madre divina, que hace de medianera entre el niño y el Cielo, y que reparte con la madre terrenal los cuidados prodigados a la criatura.

A los tres años me llevaron a Saint-Malo; hacía ya siete que había recobrado mi padre las posesiones de Combours. Sus deseos consistían en volver a poseer los bienes que pertenecieron a sus antepasados; mas, no pudiendo entrar en trato sobre el señorío de Beaufort, que había refluído en la familia de Goyon, ni sobre la baronía de Chateaubriand, refundida en la casa de Condé, dirigió sus miras sobre Combours, que habían poseído ya varios descendientes del tronco de mi familia en virtud de enlaces contrahidos con los Coetquen. Junken, obispo de Dol, lo mandó construir en 1016; la torre grande data desde 1100. El mariscal de Duras, que lo poseía, porque se lo había llevado en dote su mujer, Maclovía de Coetquen, oriunda de una Chateaubriand, se arregló con mi padre. El marqués de Hallay, oficial de granaderos de la guardia real, demasiado conocido por su bravura, es el último vástago de los Coetquen-Chateaubriand: El señor de Hallay tiene un hermano. De Duras, pariente nuestro, fué el que nos presentó después a mi hermano y a mí a Luis XVI.

Me destinaron a la marina real: la antipatía a la corte era muy natural en todo bretón, y en mi padre particularmente. La aristocracia de nuestros Estados fomentaba en él este sentimiento.

Cuando me llevaron a Saint-Malo, mi padre se hallaba en Combours, mi hermano en el colegio de Saint-Brieuc y mis cuatro hermanas al lado de mi madre.

Todas las afecciones de ésta se habían concentrado en su hijo mayor; esto no quiere decir que dejase de amar a sus otros hijos, pero, sin embargo, manifestaba una ciega preferencia al joven conde de Combours. Yo también gozaba de algunos privilegios más que mis hermanas, merced a mi calidad de varón, de hijo último, porque era el *caballero* (así me llamaban); mas lo cierto es que vivía entregado a manos extrañas. Por otra parte, mi madre, que era mujer de talento y de virtudes, dedicaba todo su tiempo a los cuidados de la sociedad y a los deberes de la religión. La condesa de Plouër, mi madrina, era íntima suya, y visitaba también a los parientes de Maupertuis y del cura Trublet. Era aficionada a la política, y gustaba del bullicio del mundo, cosa corriente, porque en Saint-Malo, así como en el monasterio de Saba, situado en el barranco del Cedrón, también se hablaba de política: tomó parte muy activa en el asunto de Chalotais. El humor